

# UNA PARODIA



## A mi querido hermano Juan José

Tú también has asistido en varias ocasiones á la fiesta que relato á continuación y puedes servir de testigo á mi narración, si bien creo que más te fijaste en el tipo del chamboliñ y en el contralto que se desgañitaba ante el facistol, pero sea de esto lo que se quiera, léelo y después.... Dios dirá.

Allá por el mes de Agosto de todos los años celebra el pueblo de Anzuola sus fiestas, y sin necesidad de reclamos, logra atraer más gente que otros con toda la profusión de programas y carteles anunciadores. Y á la verdad que por lo típica y especial, la fiesta que celebra el día de San Agustín, no le va en zaga á las más renombradas de las grandes poblaciones. Yo he asistido en mi juventud en varios ocasiones y confieso que nunca me pesó la caminata de dos horas que tenía que hacer para ir á presenciar aquella tan famosa parodia ó como se quiera llamar, con que los anzuolanos conmemoran un hecho de armas que les llena de orgullo. No quiero adelantar los sucesos, que ya irán saliendo á medida que la narración lo reclame, y veamos ahora el aspecto que ofrece la plaza aquel día.

Son las dos de la tarde. Ya han colocado en el balcón de la Casa Consistorial una flamante bandera, reproducción de otra que perteneció á los moros. A su lado colocan otra, la auténtica, de tejido finísimo, aunque bastante desgastada por el tiempo, en cuyo centro se destaca un escudo dividido en cuatro cuarteles, representando en uno de ellos á un rey sentado en una silla de oro, con cetro y corona, preso

por el cuello con una cadena; en los restantes hay varias piezas de artillería, un cáliz de oro, encima una hostia de plata y á cada lado un árbol de pino perfilado de oro, y por último el nombre de María coronado, todo en oro, y un arbolito á cada lado en una jarrita de plata y además en lo bajo tres medias lunas de plata.

Cohetes y más cohetes que estallan en el aire; los aldeanos, después de una buena comida en la que sacan el cuerpo de mal año, con sus pipas en la boca y aun algunos con su gran puro, porque también el casero se nos va volviendo aristócrata, acuden en tropel á la plaza; algunos coches que aparecen por ambas carreteras de Zumarraga y Vergara; el tamboril, con sus notas chillonas, cuando no una música; el derroche, en una palabra.

La plaza se llena de gente; el balcón de la Casa Consistorial cuajado también y.... de pronto, hace su aparición la comitiva. Describámosla por el orden en que viene.

A la cabeza de la improvisada compañía, viene un gallardo y arrogante mozo, montado en un brioso corcel, vestido de gran levita y flamante tricornio de los que acostumbraban á llevar nuestros abuelos á las Juntas. Siguen en orden unos doce mocetones anzuolanos, con sus escopetas al hombro, en correcta formación, que visten traje negro, el que llevan á la iglesia en las grandes solemnidades, y tricornio también por montera. Después un rey moro, vestido de púrpura y descalzo, cuya frente rodea un turbante, y montado (¡qué ignominial!) en un pollino. Va preso por el cuello con una cadena y lleva las bridas (las del animal, por supuesto), uno de tantos mozos del pueblo. Y detrás de todo este aparato de guerra, un cañón Kriib, construido en las fábricas de Anzuola con madera de roble y bien bronceado en su exterior por una pintura de color indefinible.

Ya ocupan sus respectivos puestos en el centro de la plaza. ¿Qué significa este cuadro? Concedamos la palabra al que va á la cabeza del pequeño ejército. En efecto, el apuesto mozo descúbrese y dirige á la muchedumbre una alocución especial, característica, y aquí os quiero, diputados y padres de la patria, para saber si alguna vez habeis dirigido la palabra á un auditorio que os haya escuchado con más atención y silencio.

«Los anzuolanos, (sic)—dice con énfasis el orador en uno de sus arranques—cogieron á los moros la bandera que estais viendo, en la batalla de Val de la Junquera».

La inmensa mayoría de los que le escuchan no le comprenden una sola palabra por la circunstancia de que habla en castellano, y á buen seguro que ni él sabe tampoco muchas de las cosas que dice, pero los anzuolanos no acaban de salir de su asombro al oír hablar en *castellano* y de *memoria* á uno de su pueblo por espacio de cerca de media hora.

Cuando hubo terminado su peroración un aplauso, entusiasta, nutrido, resonó en todos los extremos de la plaza y roces que decían: *ori dek, es dek buru motela*.

Después dirige su palabra al rey moro, y haciéndole bajar de su humilde cabalgadura le hace pisar por tres veces el turbante, en demostración de su sumisión á los cristianos. El moro, como turbado ante aquella humillante ceremonia, contesta á las preguntas que le hace el orador.

Así las cosas, cuando vuelve á los soldados y tras de breves palabras les ordena que preparen las armas y á la voz de ¡fuego! disparan aquellos sus carabinas y suena un nutrido fuego de fusilería, iba á decir que cerrado y uniforme, pero no puedo decir esto sin faltar á la verdad, porque aquello parecía una verdadera escala cromática por lo alternado de la descarga, y conste que el cañón todavía no había hecho su papel, sin duda quería lucirse á solas, pero por fin estalló á manera de bomba final, y tan de veras estalló, que se deshizo en mil pedazos. ¡Y este era el cañón arrebatado á los moros!

Ya estaba satisfecho el orgullo de los anzuolanos. La comitiva desfiló ante la concurrencia con aire de triunfo y nosotros también á respirar otros aires.<sup>1</sup>

IGNACIO BELAUSTEGUI, *Pbro.*

Urrechua, Enero de 1900.



(1) Conviene hacer constar que la tradición refiere que una compañía de naturales de la villa, habiendo salido en socorro de D. García Iñiguez, rey de Navarra, cogieron á los moros la bandera que aún se conserva y apresaron al rey moro. Tuvo lugar este hecho en la batalla del Val de Junquera en que pereció el monarca aludido.